

«Pueblo mío, haz el ayuno mandado por Moisés y por los santos padres»

Un excelente predicador de estos últimos tiempos propuso acudir a la Sagrada Escritura para encontrar las pautas aplicables a nuestra situación. Y encontró dos ejemplos: Noé construyó un arca y entró en ella con toda su familia y los animales de su entorno. Aplicación: María es el Arca a la que hay que consagrarse porque va a ser la Capitana, que nos hace llegar participativamente la obra divina de conducción y protección en la gran prueba escatológica. Por tanto, hay que consagrarse a María y todas las realidades que nos rodean. Segundo: José en Egipto interpreta el sueño del Faraón como el trabajo costoso durante los siete años de abundancia (“misericordia” en nuestro contexto) con el fin de poder sobrevivir durante los años de escasez (o de ser contados entre los justos en el “juicio intrahistórico” en la actualidad). Ese trabajo duro podría corresponder a una confesión de toda la vida o una confesión general. A nuestros pecados, que ya debieron ser confesados (a veces se descubre en este examen cosas que quedaron ocultas), les falta el dolor perfecto por nuestra parte, y de ahí que quede pendiente purificar la pena debida. Cuando son bañados de nuevo en la Sangre de Cristo en el sacramento, el dolor del penitente adquiere una mayor categoría por la gracia del sacramento y es disminuida la pena que merecieron.

En el mensaje 34 nos encontramos con la sorpresa de que hay un tercer ejemplo que seguir en tiempos difíciles. El ayuno unido a la oración no es un ejemplo puntual en la Biblia, como en los casos anteriores, sino que está presente por doquier y las citas son innumerables. El ayuno es una institución muy arraigada en Israel, el pueblo elegido de Dios, no sólo ritualmente en el día de la Purificación (Lev 23,27-29), sino como elemento imprescindible que acompaña a una oración suplicante y confiada ante calamidades, grandes dificultades, duelos muy sentidos y una variadísima lista de situaciones. El ayuno de cuarenta días sin probar ningún alimento es un don muy extraordinario reservado, en su pureza religiosa, que no es la simple ausencia de alimento, a algunos santos, entre los antiguos: Moisés, Elías, de un modo asimilable Juan Bautista y, en la cumbre de todos, el mismo Jesucristo.

Una de las interpretaciones de estas palabras del Mensaje que nos deberíamos prohibir a rajatabla es la que hace cuentas para averiguar la fecha del Aviso, basados en el ayuno de cuarenta días, intentando descubrir los planes de Dios. Si eso no es del agrado del Señor, ¿cómo nos podríamos permitir causarle un dolor por esa curiosidad malsana, que le ofende a Él, al que ponemos a nuestra altura, y nos distrae fatalmente de nuestra vigilancia y preparación?

¿Qué nos querrá decir el Señor con esta palabra, clara por una parte, pero de la que se nos podría escurrir de las manos parte de su profundo contenido? Evidentemente no se trata de hacer penitencias desgarradoras o excesivas, más bien debe ser una penitencia llena de amor. No importa tanto el dolor que nos causa, cuanto el amor que ponemos en ello. Porque sabemos que al Señor un detalle que salga DEL CORAZÓN le basta y encandila. Penitencia, dolor por el desconocimiento de su amor, por lo desagradecidos que somos de sus dones, por las muchas deslealtades a las promesas de nuestro Bautismo ratificadas en tantas ocasiones, pero siempre muy lejos de lo que se merece el Esposo de nuestras almas.

En el Evangelio el ayuno adquiere el relieve de ser una de las últimas recomendaciones de Jesús antes de su Pasión. Y, aunque la parábola toma pie de lo que es el reverso del ayuno, al fin queda de sobra recomendado:

«Pero si dijere aquel mal siervo para sus adentros: “Mi señor tarda en llegar”, y empieza a pegar a sus compañeros, y a comer y a beber con los borrachos, el día y la hora que menos se lo espera, llegará el amo y lo castigará con rigor y le hará compartir la suerte de los hipócritas. Allí será el llanto y el rechinar de dientes» (Mt 24,48-51).

Este descuido en la vigilancia con la excusa de que el Señor tarda en llegar, que se traduce en la falta de templanza en la comida, bebida y, no menos importante, en el trato agresivo hacia los compañeros, es una llamada urgente al ayuno y al amor con obras para estar preparados.

El ayuno debe ser vigilancia para no rebajar el amor al prójimo que Dios nos está dando en flujo incansable con su gracia y misericordia, pero ese manantial se malogra si no lo retornamos en amor al prójimo con obras visibles. A nosotros nos parece suficiente perdonar al prójimo de pensamiento.

Pero eso no es lo que el Señor hace a diario con nosotros: nos portamos mal con Él, matamos su vida en nosotros, pero Él no se cansa de hablarnos, sonreírnos, hacernos favores y nosotros. Y ¿todavía pensamos que es suficiente perdonar de pensamiento sin hablar, sonreír, hacer favores y rezar por el que nos ha ofendido o nos ha negado una sonrisa, o un favor, o un agradecimiento?

El ayuno es el prelude del Mensaje 34, pero conforme se va desarrollando el prelude encontramos que significa también no huir del dolor y sufrimiento, no buscar descanso en la sensualidad, en la distracción, en definitiva, es la Cruz, que no debemos rechazar, sino abrazar para no perder la Luz de la fe:

«Hay una luz, una luz que nunca se extingue: La Luz de la Gracia, del Bien y del Amor, que durará por los siglos de los siglos. Agarraos fuerte a Mi **Cruz** y vuestros ojos no dejen de mirar la Luz. Los ojos buscan y persiguen lo que anhela vuestro corazón, que vuestro corazón anhele la Gracia y vuestros ojos no se separarán de la Luz.

Nunca os dije que Mi camino fuera fácil, pero es el camino de la Salvación. Desde que el dragón infernal corrompió vuestras almas es el camino del dolor y del sufrimiento por el que debéis caminar hasta llegar a la Vida Eterna. Vida para los que hayan vivido en el bien de sus almas y la Gracia, y condenación eterna para los que, ni en el último instante de su vida, se acojan a Mi Salvación. Sí, hijos, que hasta el último aliento de vuestra vida estoy suplicando al alma que se coja fuertemente a Mi **Cruz**, que vino a traeros la Salvación y la Redención de vuestras almas. Mi Sangre os limpia y os lava de todo pecado. Lavaos con la Sangre del Cordero y quedaréis limpios.

No hay un instante en que Mi Corazón no anhele estar con vosotros, pero vosotros sois ingratos con Mi Corazón, y sólo me dais los tiempos fijados por vuestra mente y vuestra razón. No hijos, dadme vuestra vida, todo vuestro tiempo, y ya trabajéis, como descanséis, como estéis compartiendo alegres momentos de ocio con vuestros hermanos o en soledad, estad unidos a Mí y en Mí. No os separéis de Mi cuando acaben vuestros momentos de estar Conmigo, o el león rugiente aprovechará todos esos resquicios en los que no estáis Conmigo para perder vuestras almas.»

El dolor y el sufrimiento no son una desgracia, sino la tabla de salvación que nos libra del naufragio al que nos conduce rebelarnos contra la realidad de este mundo, del que el demonio ha adquirido un poder relativo, pero real, y, a la vez que ha provocado que sea difícil caminar por el sendero justo, nos incita a que nos rebelemos contra esta situación y nos opongamos a Dios, hasta el punto de considerarle nuestro enemigo por permitir esta situación, queriendo ignorar que la hemos suscitado nosotros con nuestro pecado. Pero si resulta

que la Cruz de Cristo es nuestra Salvación, el abrazar nuestra cruz unidos a Él es compartir no solo su muerte, sino también su resurrección y su gloria eterna.

Para los sacerdotes también hay un “ayuno” con el que motivaremos al rebaño; notificación que les deben transmitir los laicos llevándoles el mensaje: que ellos también reciban el sacramento de la reconciliación a la vista de todos, lo cual es asemejarse a Jesús que se puso en la fila de los pecadores ante Juan Bautista y así «cumplamos toda justicia».

El Director espiritual de Isabel